

# SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LOS

## DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA,

EN QUE SE EXPLICA

CUÁL ES LA VIDA QUE NOS ASEMEJA A DIOS.

---

*Aspersus est sanguis super vestimenta mea:  
omnia indumenta mea inquinavi.*

La sangre se encuentra derramada sobre mis  
ropas: he manchado con ella todos mis vestidos.

María, la Virgen cuya inocencia prevista por el Criador mereció que entre las florestas y verjeles del paraíso formase Aquel el panegírico de sus glorias; María, la atlética doncella que con su heroica planta debía hollar la altiva cerviz del que intentára sentar su trono en el naciente del Aquilon, y parodiar las obras del Altísimo; María, la predestinada por el Eterno á unir en un solo centro los dos extremos que distan entre sí más que los polos del mundo, á Dios y al hombre, al infinito y al limitado, al cielo y á la tierra; María, la Mujer para cuya aparicion la Omnipotencia ejerció por espacio de cuarenta siglos los resortes de su sabiduría, representándola en signos celestiales y terrenos, en tropos y apólogos sagrados, y anunciándola por los oráculos de la profecía y la divina unción del sacerdocio; María, el noble vástago de cien Reyes, la depurada esencia de los Patriarcas, la odorante azucena del Saron, la suave rosa de Jericó, el terebinto de los valles, el cedro incorrup-

tible del Líbano, la esbelta palma de Cadés; María, después de cuarenta centurias de esperada, se dejó ver en la tierra, y predestinada á ser la Hija de Dios, su Madre y su Esposa, vestida con los irradiados fulgores de la Divinidad, orlada su frente con la diadema de honor, de gloria y hermosura soberana, apareció al mundo como el íris de bonanza, y vimos su gloria, gloria como de la Hija del Eterno, llena de gracia y de verdad.

Fácil será, registrando la masa de la humanidad, dar con este personaje, pues es la Hija del Rey de la gloria, y sus vestidos brillan con los adornos de su régia oriundez, reflejando sobre su frente un rayo de Divinidad que la decora. Por hermosas y nobles que sean las princesas de la tierra, no será posible confundirlas con la que, posando su pié sobre nuestro globo, levanta su cabeza majestuosa hasta tocar en el cielo. ¿No lo pensais así, señores? Pues si así lo creyéreis, sabed que es una ilusión; desechadla, porque el Verbo humanado habia de pasar sin brillo exterior entre los hombres, *in glorius erit inter filios hominum*, y ésta tenía que ser la parte que habia de caber á su Madre.

Si quereis reconocer á María; si, lleno vuestro corazón de los sentimientos del amor, y bañada vuestra alma con las luces de la fé, pretendéis encontrarla, buscadla junto á su Hijo en el día que Éste entra en el palenque de su lid con el enemigo del hombre, en el paraje donde reside aglomerado el mosto de la ira de Dios, á cuyo lugar ha descendido para conculcarlo solo, y sin ayuda por parte de las naciones. Allí, católicos, encuentro yo á la Madre de Dios y de los hombres; allí la reconozco con el doble carácter de Madre y de Virgen; allí la veo estrellando la ominosa cerviz de Lucifer; allí la veo ayudando á su Hijo á consumir la obra que sólo pudiera proyectar y realizar el amor infinito que habitó en el seno de María.

Venid conmigo; ha cesado el fragor de las armas cuyos aceros hicieran retemblar los caminos de Sion; el día más horrendo que ha visto la metrópoli de la Palestina se ha convertido súbitamente en lóbrega noche. ¿Sabeis por qué? Porque un hombre extraordinario, que mandaba en la muerte, en las enfermedades, en los demonios y en los elementos, y anunciaba á los pobres la paz, y consolaba al huérfano y á la viuda, y reprendia el vicio y predicaba la virtud, ha caído en manos de un poder bastardo, y, lleno éste de algazara, ha llamado cabe sí al pueblo, lo ha halagado, lo ha seducido, y diciéndole que aquel Jesus no era sino un impostor, un enemigo de Dios, del templo y de la ley, lo ha asociado á sus ideas, lo ha hecho compañero de su crimen, y todos en tropel se han apoderado del inocente, lo han arrastrado á los tribunales, lo han conducido al paraje donde mueren los malvados, y allí lo han clavado en un madero; y no bien han consumado su obra, cuando la tierra ha temblado, los riscos se han hendido, las breñas del Gólgota se han abierto, y el sol ha cubierto su radiante disco con el negro crespon del luto, huyendo los mortales precipitadamente á guarecerse de la ira de los elementos.

Venid, pues, repito; acercaos al Sagrado Monte, que apenas oireis más voz que la del moribundo Jesus, voz de amor, sublime acento de la caridad, que pide por sus enemigos y reclama el perdón que gana con su muerte. Pero escuchad también el eco de aquella dulcísima Mujer que se encuentra á su lado. ¡Ay, dice; la sangre se ha derramado sobre mis vestidos, y con ella los he manchado todos! *Aspersus est sanguis*, etc. ¿Qué sangre es ésta ¡oh María! la más amable de las mujeres? ¿Qué sangre es ésta que mancha tus vestidos y salpica tu ropaje? ¿Acaso al desmenuzar la horrenda testuz del dragon, ha levantado éste con temeraria osadía su acerada cauda, y,

atravesando tu corazón, ha hecho brotar un torrente? ¿Acaso el brazo del verdugo ha descargado sobre Tí algún golpe desapiadado? No, no, católicos; María está quizás salpicada de la preciosa sangre que se derrama de los pies y manos de su Hijo, pues se encuentran éstas horadadas con el hierro, y ella está junto á la misma Cruz en que aquel espira. Pero, además, por un modo inefable y misterioso, así como por los poros y heridas del Hijo brota raudalosa su divina sangre, así también el alma de la Madre se halla bañada en sangre del Cordero, y no recibe Éste un solo golpe que no caiga sobre el amante y tierno corazón de la que le dió la vida, que Él ofrece por los pecados del mundo. *Aspersus est*, etc.

¿Reconoceis, pues, ya por estas señales á la Hija, á la Madre, á la Esposa de Dios? ¿Reconoceis á la Virgen anunciada por los Profetas, prefigurada en el templo, en el altar, en la vara de Aaron, y en el Arca del Testamento? Sí, católicos; esa misma es; reflejo en su alma de las glorias de la divinidad, lo es también de los padecimientos y agonías á que Ésta se somete por el rescate del mundo; si queremos saber lo que es María, la hemos de examinar junto á la humanidad de su Hijo paciente.

Yo no me considero capaz de internarme en la profundidad de los misterios de la maternidad divina; pero el amor de hijo me da aliento para preguntar á nuestra Madre hasta dónde llegan sus penas en la muerte de su amado Jesús; la veo al pié de la Cruz, la contemplo en estado de éxtasis divino, toda absorta en la consideración de los tormentos que Aquél sufre, y encuentro en ella el fiel trasunto del Dios paciente y moribundo; Jesús es el original, María la copia. Bajo este aspecto vamos á estudiar la vida de nuestra Madre, para que, copiándola también nosotros, podamos pertenecerla como cosa propia, porque nosotros somos de María, María de Cristo, y Cristo de Dios.

¡Compasiva Madre! Permitid que al través de las tinieblas que cubren la tierra de maldición donde vuestro Hijo muere, dirijan hácia Vos sus tímidos pasos unos cuantos corazones que os aman con ternura. Esa divina Víctima que pende del madero, es la causa eficiente de nuestra filiación adoptiva; y supuesto que esa Cruz es el signo de nuestra salud, recibe benigna nuestro homenaje de adoración, con que la saludamos como al objeto de nuestra esperanza y el medio de alcanzar remisión de nuestras culpas. *O Cruz, ave!*

Hay en el hombre dos vidas: la sensible y material, la invisible y espiritual; y una y otra armonizan con el principio de donde dimanar, y una y otra también tienen sus tendencias é instintos y tocan á su fin, con una sola diferencia, y es que en la primera todo es necesario, en la segunda todo es libre; como que aquélla es el resultado inevitable de la existencia de la causa y del efecto, y ésta la consecuencia del uso ó del abuso del albedrío en seguir ó en rechazar la gracia divina y la recta razón. En la vida material existe la ley de deber su origen á causas materiales, la de aparecer en la escena del mundo en grado remiso, ir creciendo, desarrollándose y perfeccionándose, hasta tocar al grado supremo, para empezar á descender y llegar por los grados de la depauperación al desfallecimiento, á la inacción, al sepulcro. Sí; todo sér viviente es un astro que tiene su nacimiento, su ascensión, su cenit, su descenso y su ocaso. Y todo esto es necesario, porque la libertad natural del hombre no tiene acción sobre las leyes necesarias é inmutables que el Creador ha ordenado para el establecimiento y conservación de los seres visibles.

La vida espiritual é invisible, como más noble por su origen y más sublime por su fin, no está circunscrita á

las fases que forman el conjunto de la vida material; empieza porque quien la tiene es criatura, pero no concluye, porque el que la da inmediatamente es el espíritu infinito, el Criador, imprimiendo el germen vital en un objeto que se le asimila; y habiendo asimilacion entre Dios y alguna criatura, necesariamente ha de poseer ésta el don de la eternidad en la duracion, poniendo, sin embargo, la esencial diferencia de no conocer aquel principio ni fin, ni depender de nadie, y de deber ésta al infinito por naturaleza su principio y su eterna duracion. Mas es tan idéntica la analogía que existe entre estas dos especies de vida, que así como la vida del cuerpo no crece ni se robustece sino con ayuda de los alimentos, así tampoco la vida del espíritu se arraiga y perpetúa si no se provee éste de sustancias que le den sávia y vigor. Y no es esta asercion una paradoja inventada por la filosofía del espíritu humano; Jesucristo es quien nos enseña esta verdad cuando nos dice que no sólo hay en el hombre la vida material que se sostiene con los alimentos materiales, sino otra más noble y sublime, que se nutre con un elemento que ni tiene su origen en la materia, ni se le parece en nada. *Non in solo pane vivit homo, sed in omne verbo quod procedit de ore Dei.*

¿Por qué medios llegamos á tocar al punto más culminante de estas dos especies de vida? Por la imitacion solamente; nosotros somos la copia exacta de un original de donde venimos; el arquetipo de nuestra vida sensible existe en la mente divina, y se hizo sensible en la creacion del primer hombre, y ninguno ha existido ni existirá que pueda dejar de imitar á sus ascendientes; pero esta imitacion es una ley imperiosa, y es en todos los séres uniforme, idéntica é invariable. Tambien es la imitacion el modo con que sostenemos la vitalidad de nuestras almas; pero aquí no hay ley de coaccion, sino de libre eleccion; solo, sí, la ley eterna dice al hombre que

tal será la vida de su espíritu, cual sea el tipo que se proponga imitar, y el resultado de esta imitacion tiene que ser infalible. Si el tipo es la verdad, la justicia y el amor de lo bello y sublime, la vida del espíritu será noble y pura, y germinará gracia y honor imperecedero; si el tipo es la mentira y el error, la copia será tambien consecuente al original, marasmo para el bien, defeccion para el amor, y ruina eterna. Por eso San Pablo, tan justo apreciador de la vida del alma, instaba para que los fieles imitasen al Sér divino; porque en la asimilacion con él consistia precisamente la adquisicion de la gloriosa inmortalidad: *Imitatores Dei estote sicut filii charissimi et ambulate in dilectione, sicut Christus dilexit nos.*

Todos respiramos en el ambiente que alimenta estas dos vidas, y María no tuvo excepcion en ellas, siguiendo la ley universal que presidió á su creacion; con la única y exclusiva ventaja de no haber aspirado jamás un solo aliento que no estuviera embalsamado con el aroma de la pureza, y de no haber conocido tampoco la atmósfera deletérea donde el genio del mal ha vomitado los demás nubarrones de la culpa, que inficiona á cuantos ponen el pié en su primer límite. María en su vitalidad espiritual es la copia exacta de la divinidad, y semejante á la luna, que está siempre mirando al astro luminoso, para trasladar á su argentina faz los resplandores que son innatos al primero. María, desde el momento de su existencia, fijó su penetrante mirada en el sér divino, para que éste se delinease en sus pupilas, tal como Él es, purísimo, santísimo é inmaculabilísimo por esencia.

¿Cuál tenía que ser el resultado de esta intuicion moral del alma de María hácia el Sér infinito? Que María habia de adquirir para sí un cúmulo de virtudes casi inmenso; que desde el primer instante de su vida habia de ser toda de Dios, y Dios todo de ella. Registremos por un momento lo que acaece á dos objetos que se aman con

intensidad; en la creacion no hay más que dos líneas esencialmente rectas: la que forma nuestra pupila al contemplar un objeto, y la que forma tambien el rayo de luz que sale de los cuerpos que la tienen propia. Cuando nos vemos en presencia de un sér que amamos, nuestra vista lo sigue en todos sus movimientos; si se levanta, nos levantamos; si desciende, descendemos; si se oblicua, si se vuelve, nosotros tambien le imitamos; nuestra pupila es una saeta despedida por brazo nervudo y certero, que va rectamente al sitio que se propone. Si por un instante se interpone algun valladar, nuestro corazon se oprime y se llena de dolor, y no se consuela hasta que aquél desaparece, y entónces con nuevo ahinco contemplamos lo que deseamos, y la línea recta que despedimos de nuestra potencia visiva se identifica y no forma más que una con la que nos devuelve amoroso el corazon que nos afeciona. ¡Contemplad, pues, cuánto más intensa, cuánto más recta, cuánto más pura, cuánto más trasformadora será la mirada que proyectamos hácia el Sér divino, y qué efectos tan asombrosos no debe causar en la pupila de nuestras almas la reversibilidad con que nos premia un Dios que es todo amor.

De ahí es que cuando Dios, que es un inmenso foco de luz increada, quiso unirse á la humanidad, tomó á María en sus manos, como el águila á sus polluelos, para que contemplase de hito en hito su refulgente rostro, y viendo que esta purísima criatura lo miraba sin pestañear, la escogió para hija suya, para madre y esposa. De ahí es que al llegar el tiempo en que la Divinidad, compadecida de la humanidad, ordenó la realizacion de sus designios, se trasladó toda entera al seno virginal de María; y por un efecto inherente á la naturaleza de las cosas, María tambien se deificó en cierto modo, dando á Dios física y materialmente lo que él no tenía sino eminentemente, lo que hace exclamar al devoto Bernardo, y

decir hablando con María: «Tú viste á Dios y Él te viste á tí; tú le das la túnica de la humanidad, y Él te reviste con el manto de su divinidad.» (*Serm. super signum magnum apparuit in cælo.*)

Todos sabemos cuál es el objeto de la encarnacion del Verbo divino; el fin inmediato es redimir al mundo; los medios para conseguirlo son los padecimientos. En el alma purísima de Jesucristo no hay más que una idea, la de las humillaciones, ni tampoco hay distancia entre Nazaret y el Gólgota; todo está encerrado en un solo pensamiento é incluido en un mismo período, pues la Pasion no es otra cosa que la encarnacion continuada hasta la consumacion. Si hay entendimiento humano que pueda apreciar en su justo valor las humillaciones de un Dios que desciende desde su trono de gloria hasta el fangal de nuestra miseria; si hay algun espíritu con capacidad para avalorar lo que es un Dios atraillado como un vil esclavo, despedazado como un cordero, clavado en un madero como un asesino, y escarnecido en el patíbulo como si fuera un traidor infame que con sarcástico cinismo se ha burlado de las leyes y de la sociedad, habrá tambien quien pueda comprender lo que es María desde que empieza á ser Madre, permaneciendo siempre Virgen.

¡Oh misterio augustó é inefable el de la maternidad divina! Si algo podemos comprender de él, es la corteza que lo encubre, sin que nos sea dado internarnos en lo sublime de sus resultados. Pero lo que advertimos al estudiar la vida de María, es que ella copia tan exactamente en su alma el tipo de la Divinidad, que si no supiéramos por la fé y la razon que la naturaleza divina es incomunicable á las criaturas, no podríamos casi discernir á Dios de María, ó á María de Dios. Dios, en el momento de bajar del cielo á la tierra, se humilla hasta un grado infinito; Dios, para redimir al hombre, padece y sufre

hasta anonadarse, y María no parece sino que se propone, si no aventajarle, á lo ménos igualarle en las humillaciones, en la anonadacion y en los padecimientos.

El primer paso que da el Verbo divino para cumplir con la mision de su Padre es el compendio de todas sus humillaciones. ¡Descender del alcázar cuyas arenas son las estrellas, á la mansion transitoria del mísero mortal! ¡Dejar un trono de esplendentes luces, para reducirse á la prision del seno de una mujer! ¡Circunscribir su inmanidad á un débil cuerpo, y cubrir su sabiduría con el tosco manto de las ignorancias humanas! ¡Medir su eternidad con los períodos de un tiempo que lo verá nacer, progresar, crecer y morir, y condenarse á ser niño desvalido, jóven oscuro, hombre perseguido! ¡Decidirse á sufrir todas las consecuencias que dimanar de la transmision de la naturaleza de Adan, exceptuando una que no es compatible con la Santidad infinita! ¡Ah, amados míos! María es el primer sér que existe despues de Dios: María es más pura que los cielos, tiene más virtudes que todos los ángeles, es digna de que Dios la mire, de que la ame, de que se extasíe en sus bellezas sublimes. Pero hablemos segun las ideas de proporcion; consideremos lo que es toda criatura comparada con su Criador, y concluiremos que si bien entre todas las mujeres sólo María tiene el mérito de congruencia para ser escogida por Dios para ser su Madre, Dios, sin embargo, se humilla en su encarnacion hasta un grado infinito con sólo unir su naturaleza divina á la humana en el seno de una mujer. Bien lo anunciara anteriormente David, cuando, haciéndose protagonista del Verbo divino, se dirigia al Padre, y le decia: «No te han agrado los sacrificios por el pecado; pero Tú me preparaste un cuerpo, Tú horadaste mis orejas, y te dije: «Aquí me tienes dispuesto á cumplir tu voluntad.» Como si dijera: «Tú ¡oh Padre! me mandas que descienda del sólio de mi gloria al escabel de la

esclavitud; Tú me has dado el signo de todo siervo, condenándome á la fatiga y al dolor, y yo no rehusé llevar la marca de pecador.»

La humillacion, como veis, es sublime, infinita, y para nosotros incomprendible. Pero ¿habeis observado alguna vez la instantaneidad con que un objeto se reproduce en su semejanza cuando se presenta ante un cristal? ¿Habeis observado cómo, al mirar nosotros al estanque cristalino de aguas mansas y purísimas, vemos la identidad de nuestros rostros, y si nos reímos se ríe, si lloramos llora, y si nos retiramos se retira? Pues con más perfeccion reflejó en el alma de María la humillacion del Verbo divino. Y es ésta humillacion de María tan grande y tan sobrenatural, que llega á tocar los límites de lo infinito en su intensidad, y aún resalta en cierto modo junto á las humillaciones de Dios.

Todo lo que nosotros llamamos sobrenatural es en Dios natural é innato; la virtud es natural en Dios, porque es Santo por esencia; lo es también la humildad, porque sólo Él es esencialmente grande; si Dios recibe humillaciones en su encarnacion, es porque desciende, porque se anonada, porque, como dice el divino Pablo, se somete á morir. Pero ¡qué prodigio de humildad se descubre en María! Ella pasa del rango comun de las mujeres á uno que no pudiera ni aún objetarse á los entendimientos angélicos; Ella es consagrada por la celestial uncion del Espíritu Santo, como Reina de los serafines, Emperatriz de los cielos, y Señora de los abismos; Ella, en una palabra, es sublimada á la region de lo inmenso é infinito, concibiendo en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios; y sin embargo, gravitando sobre sus hombros la inmensurable balumba de toda la gloria que es innata á la Divinidad; decorando su frente la diadema de honor y dignidad deificadora; colocándose en su mano el cetro de dominacion, no sólo sobre los ángeles, sino también sobre